

El camino más costoso para superar el dilema es la contracción monetaria americana, por lo que supone de reducción del crecimiento y de agravamiento de los problemas de la deuda, dentro y fuera de Estados Unidos. Lo más sensato sería la emisión en gran escala de bonos nominados en moneda extranjera, como hizo la administración Carter en 1.979. Esta sería la mejor señal de que se está dispuesto a hacer realmente frente a la situación y a pagar el precio de cualquier ulterior devaluación del dólar. También serviría para absorber el exceso de liquidez de Tokio, alejando así la posibilidad de un "crash" financiero que empieza a ser realmente amenazante.

La administración americana es hostil a tal solución, en parte porque el presidente Reagan se resiste a seguir los pasos de su predecesor. Pero en tanto en cuanto el Congreso persista en medir en dólares las corrientes comerciales, en vez de contemplar sus contenidos reales, esa sería la mejor manera de desactivar la guerra comercial entre Estados Unidos y Japón y de pinchar el globo especulativo que se está hinchando en Tokio.

* * *

USA-UK: La historia se repite.

Recogemos de "The Economist" la siguiente colaboración:

Norteamérica, a finales del siglo veinte, tiene mucho en común con la Gran Bretaña de últimos del diecinueve. Ha per-

dido su preeminencia económica. Como consecuencia, su adhesión a los principios del libre comercio está siendo puesta en entredicho.

Los políticos de hoy creen que han inventado nuevos argumentos sobre el tema del proteccionismo comercial. En realidad no hacen más que repetir viejas palabras, según un estudio del prof. Jagdish Bhagwati, de Columbia Univ. ("The return of the reciprocitarians: US trade policy today"). La economía americana reciente recuerda a la del Reino Unido de hace cien años, asegura, y la respuesta política a tal situación se está manifestando también sorprendentemente análoga.

Entre 1.870 y 1.913, la participación de Gran Bretaña en el producto industrial mundial descendió del 32% al 14%. Las participaciones de Alemania y de Norteamérica subieron. Entre 1.950 y 1.980, la parte de Estados Unidos en el PIB cayó del 40% al 22%. La parte de Japón aumentó del 2% al 9%, y la de Europa del 21% al 31%. Lo mismo ocurrió en el comercio exterior: la participación de Gran Bretaña cayó del 41% al 30% entre 1.880 y 1.913, y la de Norteamérica del 17% al 11% entre 1.950 y 1.980.

Los dos países experimentaron asimismo cambios similares por lo que se refiere a la composición de las importaciones. Al ser Gran Bretaña el primer país que se industrializó, sus manufacturas tuvieron poca competencia en el mercado interior. De ahí que en 1.860 los productos manufacturados supusieran sólo el 6% de la importación total. En 1.900 esta proporción se había elevado al 25%. La proporción de productos manufacturados en la importación norteamericana ha subido y bajado desde 1.950. Pero entre 1.980 y 1.984 -el perio-

do que ha presenciado el mayor aumento de las corrientes proteccionistas- dicha proporción subió del 51% al 68%.

Los dos países han tenido que hacer frente a déficit comerciales rápidamente crecientes. El déficit de Gran Bretaña alcanzó un máximo de 181 m. de libras en 1.903, justo cuando estaba en pleno desarrollo la campaña de Joseph Chamberlain en favor de una reforma arancelaria, esto es, de la adopción de medidas proteccionistas.

El déficit americano subió de 28 m.m. de dólares en 1.981 a 150 m.m. en 1.986. Ambos países tuvieron o tiene que hacer frente a serios problemas económicos internos simultáneamente con la deterioración de las balanzas comerciales. El crecimiento de la producción industrial británica se ralentizó de una media anual del 3,2% en 1.855-72 al 2,2% en 1.872-1.900. Esta década, Norteamérica ha visto descender su crecimiento hasta el 2,4%, mucho más bajo que el de 4% anual de los años 1.950 y 1.960.

En los dos países, la confianza en sí mismos -la idea de que la competencia extranjera es saludable, porque estimula y porque se triunfará en la confrontación- empezó a fallar y se hicieron oír voces pidiendo protección frente al exterior. Sin darse cuenta de ello, los abogados del proteccionismo americano están utilizando exactamente los mismos argumentos que sus predecesores británicos. Los argumentos adquieren distintas formas, pero todos se fundamentan en la supuesta base moral de que quien empezó fue la otra parte.

Decía Joseph Chamberlain: "Estamos perdiendo nuestros mercados exteriores porque dondequiera que vayamos se nos da un portazo en forma de altos aranceles; y por si esto fuera

poco, esos mismos extranjeros que nos cierran sus puertas invaden nuestros mercados y dejan sin trabajo a nuestras gentes, con lo que el agravio es doble...".

Hoy, la forma más respetable de proteccionismo se basa en la idea de la reciprocidad: si los gobiernos toman represalias selectivamente contra países que ponen barreras al comercio, su causa es justa y pueden estar prestando un buen servicio a la libertad de comercio si consiguen que tales barreras desaparezcan... Esta es la idea que parece predominar en América, hoy, y ya fue criticada por Robert Peel en 1.846.

* * *

El proteccionismo del gobierno USA.

Aunque solo sea por la personalidad de su autor, reproducimos a continuación, resumido, el artículo de Milton Friedman, publicado hace unos días en "The Wall Street Journal":

La ley arancelaria Smoot-Hawley ha llegado a simbolizar el proteccionismo americano más extremo. Fue acusada de haber provocado la caída de la bolsa de 1.929 y la subsiguiente Depresión. A mí me parece que esto es darle demasiada importancia. Sin embargo, sí es cierto que supuso elevados costes para el consumidor americano, acentuó la crisis y desencadenó una década de política "que se fastidien los otros" ("beggar-thy-neighbor policies") en todo el mundo.